The background of the cover is a dark, textured red and black, resembling a demonic or infernal environment. In the lower half, a large, dark, metallic, and jagged object, possibly a weapon or a piece of armor, is visible, extending from the left towards the center. The overall mood is dark and menacing.

DIABLO[®]

IMMORTAL[™]

Instintos

UNA HISTØRIA CØRTA DE
RYAN QUINN

Historia

RYAN QUINN

Ilustración

SANGSŦŦ JEŦNG

Editorial

CHLŦE FRABŦNI

Consulta histórica

MADI BUCKINGHAM, IAN LANDA-BEAVERS

Consulta creativa

MAC SMITH, SEBASTIAN STĘPIEN

Producción

BRIANNE MESSINA, CARLOS RENTA

Diseño

CŦREY PETERSCHMIDT

Agradecimientos

ŦTIS BLUM, JUSTIN DYE, SCOTT SHICŦFF,
MATTHEW BERGER Y AL EQUIPŦ DE
DIABLŦ IMMŦRTAL, PASADŦ Y PRESENTE,
POR LIBERAR SANGRE NUEVA EN
SANTUARIŦ.

Instintos

La caída del ocaso al este de Kingsport marcaba la desaparición de todo el mundo. Alodie ya estaba acostumbrada a ello, a la forma repentina en la que la ciudad se volvía inhóspita, aunque a ella no le importaba porque le resultaba familiar.

Caminaba con determinación por la calle, que en realidad era más bien un túnel al aire libre. A ambos lados había casas de madera empapadas, divididas y vueltas a dividir, hasta que ya era imposible hacerlas más pequeñas. Entonces se convertían en meros cobertizos, chozas para los miserables y los pobres.

Las viviendas de la avenida Mewls la ocultaban bien de todo lo demás. Al menos aquí Alodie podía oler el océano, aunque no pudiera verlo. Desde los muelles llegaban gritos y maldiciones. La mayoría de los rincones eran callejones sin salida. Ratas tristes silenciadas hasta el final en algún lugar fuera de la vista. Apeataba.

Una bondad salvadora para los suburbios de Kingsport era que a nadie le importaba lo que estabas haciendo. Seguía a su primo por los adoquines mohosos, manteniendo una distancia prudencial.

—Date prisa —murmuró Boyce, caminando más deprisa aún, sin mirar atrás, sin decir *de momento* adónde se dirigían.

Boyce era mayor y estaba demacrado, más arraigado que ella. Su ingente nariz tenía tanto orgullo que le servía de rostro desde la mayoría de los ángulos. Su abrigo era lo suficientemente grande para ocultar una espada. Alodie tenía el pelo rubio y fino, bien recogido. Se había puesto sus feos guantes. Esos que se ponía en las ocasiones donde tenía que ajustar cuentas con alguien.

De todas las cosas que hacía para la familia en Kingsport, la que menos le gustaba era ajustar cuentas con la gente.

La organización era un trabajo tenso. Preparar a los cocheros para una entrega, asegurarse de que sabían qué cajas abrir y cuáles mantener selladas y con cuánto sobornar al guardia si les pillaban... Alodie era buena con los detalles, pero si eran demasiados la dejaban exhausta al final del día. Aún así, su paga era bastante decente, y aunque los manifiestos de embarque no tuvieran sentido, Alodie podía saltárselos si terminaba pronto. Se libraba de la monotonía haciendo que sus noches fueran aún más memorables. A principios de año, Linn y ella se emborracharon y escribieron «ALMS» con sangre de vaca en la capota de cuero de uno de los carruajes de la familia.

A la mañana siguiente el carruaje estaba impoluto. Nadie fue castigado; nadie lo mencionó siquiera. Alodie se entretuvo durante horas imaginando a la anciana madre de Boyce, la mismísima matriarca, con la cara enroscada como un tornillo, ordenando a la lavandera que se encargara de ello mediante una retahíla de improperios.

Linn había sido la única amiga de Alodie durante demasiado tiempo. Alodie no podía decir qué era exactamente lo que las había unido, aunque sí sabía lo que las mantenía unidas: Linn tenía espíritu de poeta. Trabajaba en su tienda a todas horas, aunque siempre se aseguraba de que ambas tuvieran las mejores prendas para vestirse. Alodie la envidiaba. Al menos Linn no era parte de la familia. Ella no tenía que ajustar cuentas con nadie.

Solo había que ajustarlas con la peor clase de gente. Las sanguijuelas. Primero se

endeudaban, *luego* pedían prestado y *luego* intentaban no pagar.

Y a Alodie siempre le tocaba hacer los tratos con las sanguijuelas. Sus primos podían llegar a ser... excesivos, y ella tenía que fijar las fechas y las cantidades y calmar los temores de la sanguijuela mientras los chicos la pisoteaban y la dejaban hecha un desastre. Ayudar a las sanguijuelas a ayudarse a sí mismas antes de que se hicieran daño. Aunque la mayoría de ellas merecían hacerse daño.

En la práctica, la necesidad de tener que llegar a eso, era vergonzosa. ¿Por qué la gente no era mejor?

Boyce la guio por Nogarden. Giraban cada pocos segundos mientras un laberinto de madera y piedra asfixiaba el camino a su alrededor. Si había alguien mirando, Alodie no podía verlo por la mugre que cubría las ventanas. Tenía sentido, la gente las dejaba sucias. Al otro lado ocurrían cosas despreciables.

Alodie estaba perdida y sentía náuseas. Probó con Boyce.

—¿Quién es la sanguijuela?

Boyce ni le devolvió la mirada ni le respondió, como de costumbre. Desapareció tras una esquina.

Al doblarla, pudo ver a su primo jugueteando con lo que tenía bajo el abrigo. Finalmente, Boyce se detuvo frente a la puerta de una casa adosada de color marrón, una que...

Alodie olvidó las mil molestias que habían acaparado su atención toda la tarde. Su corazón y sus propias tripas cayeron por el empedrado. El pánico se apoderó de sus dedos.

El letrero de la tienda de Linn crujió con la brisa vespertina.

Boyce le sonrió. Tenía los dientes sucios.

—Anímate pequeña —dijo—, da rienda suelta a tus instintos. Será rápido.

Entonces se giró y abrió la puerta de una patada.



—¿Cómo puedes ser tan estúpida? —gritó Alodie a su única amiga.

Alodie se alegró de no poder verse a sí misma. Se imaginaba qué aspecto debía

UTILIZABAN ESA TÉCNICA PARA MANTENERLA A
RAYA, CUANDO TØDØS SABÍAN PERFECTAMENTE
QUE ELLA PØDÍA DIRIGIR TØDA LA ØPERACIÓN.
DECÍAN QUE LE FALTABA INSTINTØ DE
CAZADØRA. DE ASESINA.

tener. Salpicando saliva por todas partes, las venas sobresaliendo de su cuello y de la frente, la cara enrojecida. Algo verdaderamente grotesco.

Habían atado a Linn a una silla de su tienda, le habían atado las manos juntas por detrás y luego la habían volcado, presionándola así contra el suelo. Solo para mantenerla asustada. El lugar ya era un caos. Montones de lana y pieles de conejo rodeaban un telar al fondo. El cuero colgaba en tiras desiguales, sobre el escritorio había frascos de tintes grumosos volcados y en el suelo había paja por todas partes. El techo era tan bajo y deformado que los inquilinos de arriba podían caer encima en cualquier momento.

Frente al desorden, en un aparador abierto, había metros de seda fina doblada con delicadeza.

Alodie señaló la seda. Una de las entregas de la familia. Recorrió la estancia con el dedo.

—Te dimos todo esto. Lo único que tenías que hacer es pagar a tiempo.

Linn no podía contener las lágrimas. Su menuda cara tenía forma de manzana y el llanto la hacía parecer más pequeña aún. Alrededor del cuello llevaba un pañuelo azul y dorado enrollado de forma elaborada; había mimado su corto cabello castaño con polvos de rosa y cera que le había robado al curtidor. Alodie lo tenía claro; había sido la vigía.

La expresión de Linn era de total súplica. *Bien*. Significaba que estaba dispuesta. Alodie apoyó una mano en la silla, como para ponerla de pie.

—Si pudieras devolvernos doscientos en un mes—interrumpió Boyce—. Si no puedes cumplir una promesa, mejor no la hagas —Era un grosero y sonaba como tal—.

En ese momento, el rostro de Linn se volvió desafiante. Tan desafiante como podría serlo en una situación como aquella.

—Eso lo dirás por ti, picanariz —espetó ella—. Espero que los gatos de tu madre le coman los ojos y los demonios se coman a los gatos —dijo Linn.

Linn no estaba siendo grosera. También tenía razón: la madre de Boyce era horrible.

Boyce no dijo nada, se limitó a abrir el abrigo y sacar un martillo de dos cabezas. Reventó todos los botes de tinte, de uno en uno, esparciendo cristal y gotas de color cobalto por toda la tienda. Linn gritó. Alodie se tapó los ojos cuando vio volar el cristal, comprobó si tenía cortes cuando se detuvo, pero no sintió ninguno.

Entonces vio a Boyce meter un trapo en la boca de Linn, volteando la silla y dirigiéndose al escritorio con el martillo.

—Para —gritó Alodie, fuerte, antes de que hiciera algo más feo.

—¿Y qué consigo si paro? —dijo Boyce, agitando el martillo. Miraba a un lado y a otro como si él mismo fuera el problema.

Alodie miró la cara de Linn: boca abierta, ojos grandes, cejas estiradas. Estaba aterrorizada.

—No solo te lo devolverá. Te dará cien oros más, aparte, cuando esté hecho. Por las molestias. En un mes. ¿A qué sí, Linn?

—Linn afirmó con la cabeza. En verdad, era un progreso. Una demostración de fuerza y...

Boyce dio una zancada hacia Alodie. Agarró con fuerza el martillo.

—No creo que aprenda nada. Estoy seguro —dijo alargando la espera—. Es una indulgencia *inmerecida*.

El corazón de Alodie latía con fuerza. Esperaba que nadie se hubiera dado cuenta. Ahora tenía que tranquilizar a los dos.

—De acuerdo —dijo—, Linn paga en dos semanas. Yo misma vendré a recogerlo. Y me encargaré de tus manifiestos durante un mes—. Una concesión. A veces, las concesiones pueden ser buenas. Demuestran que respetas a la otra parte.

—No vales para esto —dijo Boyce, flexionando los dedos alrededor del martillo. Se notaba tristeza en sus palabras.

Su madre le hablaba con cariño de los instintos, así que Boyce también lo hacía. Utilizaban esa técnica para mantenerla a raya, cuando todos sabían perfectamente que ella podía dirigir toda la operación. Decían que le faltaban instinto de cazadora. De asesina.

Pero los tenía. Lo había demostrado.

Hasta cierto punto.

—Creo que si ella va a quitarnos nuestro sustento, nosotros deberíamos quitarle el suyo. Eso sería lo justo—. Boyce se volvió, levantó el martillo y miró a Linn, encogida bajo la silla.

Linn se encogió, gimió alrededor de la mordaza.

—Por favor —dijo Alodie.

Boyce se agarró a la silla para estabilizarla.

Alodie sabía lo que estaba pensando. El instinto se apoderó de ella.

—Eres un imbécil. Si le rompes los nudillos, ¿cómo esperas exactamente que consiga el dinero que tiene que pagarnos? Ella...

—Golpeó el martillo con fuerza.

Linn se revolvió bajo la silla. Todo lo que intentaba decir eran tonterías sin sentido. No solo por la mordaza. No podía evitarlo, porque le dolía demasiado.

Estaba temblando y babeando cuando Boyce levantó la silla y le soltó las muñecas. Los nudillos derechos de Linn estaban completamente aplastados. La sangre brotaba por todas partes, por las uñas, en las pequeñas grietas que le partían la piel. Se balanceaba hacia delante y atrás, apoyando un brazo en el otro.

Alodie no quería mirar. Se vio obligada a mirar a Boyce, quien, más allá de unas gotas de sudor, no parecía sufrir nada más.

—Ahora nos hemos quedado sin nada —le espetó Alodie con todo el odio que sentía— Menos que nada, idiota.

Boyce se limitó a encogerse de hombros.

—Pagaré. Hay formas más rápidas de recuperar el dinero que un par de semanas de trabajo —Con una mano, tiró de Linn hacia la puerta. Ella seguía gimiendo detrás de la mordaza.

Su despreocupación dejó helada a Alodie.

—¿Adónde la llevas?

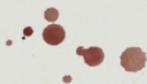
¿En qué estaba pensando? ¿Venderla a una casa de premios? ¿Venderla para que diera a luz? ¿Con su mano en ese estado?

Boyce volvió a ignorar a Alodie.

—Ella ya no es tu problema.

Luego pateó un saco a sus pies. La paja se arremolinó en el aire.

—Coge la seda, llévate todo lo que valga la pena y vete a casa. Mañana hablamos. La cara de Alodie se puso roja. Tenía que detenerlo. Golpearle. Hacer algo. Pero él estaba sumido por la sangre. Linn no apartó los ojos de Alodie mientras Boyce la arrastraba fuera de la tienda.



Alodie atravesó los barrios bajos como si estuviera descosiendo algo. Despacio. Hacia atrás. Sintiendo más de lo que hubiera querido.

Nunca se había molestado en ayudar a una sanguijuela cuando asentarse no le iba bien. Pero Linn no era una sanguijuela. O al menos, no una sanguijuela *cualquiera*.

No se habla del talento de una sanguijuela a tu familia. No la invitas a tu mesa.

Cuando a una sanguijuela le va bien, no te vas con ella al distrito alto, vestidas mejor que la alta burguesía. No os adulan las doncellas y los trovadores. Vuestras noches no se hacen tan maravillosamente tarde que el sol tenga miedo de asomar la cara.

A una sanguijuela no se le promete que la cuidarás. Y ella no te prometió lo mismo.

Tal vez Linn pensó que recibiría un trato especial de la familia porque eran cercanas. Tal vez Alodie le permitió pensar eso.

Así que esta vez se quedó más rezagada detrás de Boyce, fuera de la vista, cerca de las choperas diseminadas por Mewls hasta que los barrios bajos volvieron a enderezarse. Alodie caminaba de forma dispersa; era una vagabunda, no una cazadora. Cuando Boyce se encontró con unas cuantas formas nocturnas más y empujaron algo oscuro y lleno de bultos sobre un carro, Alodie aceleró el paso. Una vagabunda con un propósito.

El carro de su primo rodó sobre los mugrientos adoquines, hacia el oeste y el norte. Cuatro figuras y un carro: el preludio de un cargamento. La noche traía más cosas que Linn.

Pero se dirigían lejos de los muelles. Al menos no la estaban enviando a Bilefen.

Alodie siguió a la cuadrilla de Boyce durante una hora sin detenerse, saliendo por las puertas del norte, siempre en vela, con sus flamantes banderas azules y verdes, y adentrándose en los caminos del sendero. Se arrastró en la oscuridad, sin más tugueros que la ocultaran, avanzando a cada sonido de búho. Los puntitos de sus antorchas la guiaron fuera del sendero y hacia el bosque, donde el olor a mar cambia al de tierra podrida.

Entonces esperó. Les dio unos minutos para adelantarse antes de ponerse en marcha. Alodie tenía una idea bastante clara de adónde se dirigían.

La familia tenía una parada de carruajes a kilómetros de la ciudad, en la parte más delgada del Bosque Enajenado, para intercambiar jinetes y carga antes de emprender nuevos viajes. Alodie había ido hasta allí más de una vez.

La parada estaba bien escondida, justo donde la copa de los árboles empezaba a espesarse. Boyce se quitó el polvo de las manos detrás de un gran carruaje de cuatro ruedas; otros dos carruajes estaban aparcados metros más allá. Los tres iban encapotados en cuero liso, con la parte de atrás abierta pero oscura por dentro, haciendo invisible la carga.

Alodie oía los resoplidos y los pisotones de sus caballos así como una charla amortiguada entre los cocheros. Se agachó en el suelo del bosque, con las manos metidas entre los gusanos, el musgo y las heces. Los arbustos y las zarzas le arañaban la piel.

Boyce y su banda, el cabeza hueca de Lachlan y otros dos matones, se volvieron hacia ella en la oscuridad, portando pesados garrotes y antorchas que hacían las veces de porras. Recordó que algunos miembros de la familia habían venido de bandas de atracadores.

Tenían el rostro adusto y callaban a una. Normalmente, una broma fuera de lugar sacaba a relucir algo de mal humor. Hablaban de cómo se gastarían el dinero. Caminaban más rápido que al subir, moviendo la cabeza como topos. Como si quisieran dejar el lugar atrás.

Alodie se mordió la lengua con fuerza. Sintió el latido de un nuevo dolor mientras se acercaban cada vez más sus antorchas. Para iluminar la noche. Para encontrarla escondida en un arbusto.

Miró a Boyce. Le miró de verdad. Tenía más ira, pero no era invencible. Sus ojos eran en su mayoría pupilas negras, suaves y mirada íntima. Su garganta era estrecha

TAL VEZ UNA BUENA PARTE DE SU INSTINTO ERA SIMPLEMENTE IGNORAR LAS CONSECUENCIAS.

y desnuda, invitando a aplastarla. Si tan sólo hubiera pensado en traer una savia, un palo afilado, incluso un guante lleno de cristales rotos de la tienda.

Caminaron hacia ella. Alodie tensó los puños, dobló las rodillas. Si la encontraban, desearía haber golpeado primero.

¿Y luego qué? Que le aplasten los nudillos. Que la vendieran para dar a luz. Boyce tenía toda la razón: Ella no tenía instinto. Estaba fingiendo.

O no estaba escuchando lo suficiente. Boyce *estaba* desconcertado. Dejar que la ignorara, dejar que se saliera con la suya, era una oportunidad. Su instinto lo sabía.

Sin hacer ruido, Alodie se hundió más cerca de la maleza.

El grupo pasó por delante del escondite de Alodie, rápido y decidido. La luz de sus antorchas desapareció. Alodie se vio envuelta en sombras que le permitían respirar. Por delante, tres carruajes crujían, levantando tierra y suciedad a su paso, y los caballos guía tiraban de ellos con el chasquido de un látigo.

Si salía demasiado rápido, la familia la vería. Pero si los caballos se aceleraban, ella nunca los alcanzaría.

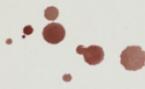
Sin apartar los ojos del grupo de Boyce, imaginando que seguían retirándose de espaldas, Alodie se arrastró hasta el carruaje más cercano. Contuvo la respiración, rogándose a sí misma no toser mientras el hedor equino y la podredumbre del bosque se apoderaban de ella.

En la parte delantera de cada carruaje se sentaba un cochero, con una larga fusta y un par de antorchas flanqueando su asiento. Juguetearon con sus látigos, dándose órdenes unos a otros. Silbando. Gritando. Ocupados. Los caballos de delante empezaron a galopar.

Tal vez una buena parte de su instinto era simplemente ignorar las consecuencias.

Alodie se lanzó. Puso un pie en el escalón de la parte trasera del carro y se impulsó hacia arriba. Aterrizó con fuerza sobre su vientre y sintió que se le iba el aire.

Agradecía estar sin aliento, dado el infierno que encontró.



El interior del carro era un retrato de la propia miseria. Cuerpos desplomados unos sobre otros, aplastados contra las paredes. Formas grises y harapientas que respiraban entrecortadamente, atadas a postes de hierro como conejos. Unos pocos estaban descalzos, con los pies rotos y amoratados, o las manos destrozadas con las uñas colgando. A la mayoría les habían vendado los ojos; todos estaban amordazados. Las cabezas oscilaban con estupor. Iluminados por pequeños hilos de luz de las antorchas, parecían más siluetas que personas.

La madre de Boyce —toda la familia, Alodie incluida— enviaba muchas cosas. Cosas que no debían, pero esto iba más allá de lo que ella sabía.

Alodie aspiró una bocanada de aire que no deseaba.

No podía estar de pie, y no solo por el malestar en su estómago. El carruaje avanzaba rápido. Rodando hacia delante, los caballos tiraban directamente hacia el norte, donde los árboles eran más densos. Esa ruta hacia que el Bosque Enajenado fuera impasible a las ruedas después de mucho tiempo. ¿Adónde demonios iban?

Alodie miró frenéticamente los rostros de los condenados, evitando los ojos desenfocados de los que le devolvían la mirada. No reconoció a ninguno. Probablemente eran sanguijuelas. Seguramente no eran ninguna de sus sanguijuelas.

Entonces se sintió frenética, como si fuera a echarse a llorar, pero su instinto no se lo permitió. Todo se quedó en el terrón de su garganta.

Linn yacía en la parte de atrás, casi encima de otros dos prisioneros. Con los ojos cerrados, atada y amordazada. Inmóvil.

Alodie se puso en cuclillas.

—Chsss —susurró a los pasajeros, poniéndose un dedo en los labios. En realidad no hablaba, solo gesticulaba, dándose golpecitos para que la entendieran.

—Necesito llegar a ella. Después te ayudaré—. ¿Podría ayudar a estos desgraciados? ¿Importaba?

Se oyó un gemido sordo desde cerca de la pared, una inhalación temblorosa y lastimera. Alodie no estaba segura de que lo hubieran oído. O de que les importara.

Intentó meter toda la autoridad que pudo en un susurro.

LØS CHILLIDØS FUERA DEL CARRØ
EMPEZARØN A CAMBIAR. UN GØRGØTEØ
HÚMEDØ Y GRAVE ØCUPABA SU LUGAR.
ALØDIE PUDØ ØÍR UN FRENÉTICØ ESCARBAR,
UN GRITØ DIFERENTE QUE DESGARRABA LA
GARGANTA, Y LUEGØ EL SILENCIØ.

—No hagáis ruido —.

Alodie avanzó, sintiendo cada movimiento de sus manos, tratando de no tocar sus miembros agonizantes. Cerca de la parte delantera del carruaje, vio que los ojos de Linn revoloteaban, y una oleada de alivio la hizo tambalearse.

Linn tenía los ojos hinchados, pero le devolvió la mirada y Alodie la reconoció. No la habían drogado, supuso Alodie, por la suerte de haber llegado tarde a un cargamento. Pero le habían cambiado el trapo de la boca por una mordaza de cuero y tenía las manos fuertemente atadas a un poste.

Su mano derecha era una parodia, de un feo amarillo púrpura e hinchada. Rota, seguramente. Demasiado para un curador, probablemente. Intervienen muchas partes para hacer que una mano funcione.

Hojas y ramas rozaban los laterales del carruaje. El bosque era cada vez más denso. Alodie intentó con cautela quitar la cuerda de las muñecas de Linn. Luego le liberaría los pies, y después le quitaría la mordaza. Luego correrían.

Mientras luchaba con las ataduras de Linn, las manos de Alodie temblaban por mucho que quisiera controlarlas, bien podrían haber sido las de otra persona. Al menos los feos guantes empapaban su sudor. Pero había tantos nudos... No había zonas deshilachadas. Estaba tardando demasiado.

Frustrada, intentó pasar uno de los lazos por la muñeca buena de Linn. Linn gimoteaba dentro de la mordaza y cerraba los ojos, tomando bocanadas de aire con pánico, cada minuto más agonizante.

Entonces Alodie oyó los gritos de los cocheros y el carruaje empezó a aminorar la marcha. Tiró frenéticamente de las ataduras de Linn.

La escasa luz de las antorchas se desvaneció sobre ellos. Alguien se dejó caer desde el asiento del carruaje al suelo del bosque. Alodie se giró hacia la parte

trasera del carruaje, pero las pisadas se movieron rápidamente por la parte delantera, seguidas del ruido de los caballos al desengancharse. Se alejaron con un ruidoso repiqueteo. Los cocheros corrían.

Nadie entró en el carro. ¿Les habían abandonado?

Linn intentó decir algo para evitar la mordaza. Conociéndola, sería una broma sobre su mano destrozada. *Parece una belleza, ¿no?* O tal vez estaría furiosa. Tenía derecho a estarlo.

Alodie liberó la muñeca buena de Linn y tiró de la mordaza.

—No nos van a embarcar —susurró Linn, harapienta—Somos carnada.

Desde fuera, Alodie oyó el sonido de la madera astillándose en varios sitios a la vez, un tumulto de golpes de hacha cayendo sobre todo el bosque.

Un grito horrorizado rasgó el aire. Le siguió un coro de ellos.



Pasó un minuto en forma de hora. Los chillidos fuera del carro empezaron a cambiar. Un gorgoteo húmedo y grave ocupaba su lugar. Alodie pudo oír un frenético escarbar, un grito diferente que desgarraba la garganta, y luego el silencio.

Su instinto le hizo temblar. Con cada impulso se fundía en pánico. Le ardía la respiración. Apenas podía moverse. Solo temblaba.

Con una mano, Linn se preocupaba por las ataduras de sus pies, sin decir nada. Avanzaba con dificultad, más lentamente que la muerte que los acechaba. Nunca se soltaría sola.

Los condenados volvían a la vida, miraban paralizados a su alrededor, intentaban levantarse de sus sitios, se retorcían con las cuerdas y las correas de cuero resbaladizas por el sudor.

Alodie era la única persona en el carruaje medio en pie. Libre para correr. Linn la miró, preguntándose. Preguntando. Tenía todo el derecho a hacerlo.

Linn solo asintió cuando Alodie se inclinó y metió un pulgar bajo las ataduras de sus pies. Trabajaron juntas, hasta que el lento raspar de algo pesado arrastrándose por el suelo asaltó los oídos de Alodie. Era lo único en lo que podía pensar mientras

tiraba de la cuerda sobre el pie izquierdo de Linn, desgarrándole la piel.

Hasta que la parte delantera del carruaje se partió por la mitad.

A su alrededor estallaron astillas de madera. Alodie se arrastró hacia atrás, tirando de Linn por su brazo bueno.

El carruaje se inclinó. Tres de los condenados desaparecieron, arrancados de sus lugares y en la oscuridad. Los gritos estallaron a la vez desde todas partes.

Alodie vislumbró encías manchadas e hileras y más hileras de dientes. Un tentáculo aserrado de color rojo y negro atravesó la ruina y la alcanzó en el hombro. Alodie se apartó de él con dolor y este se alejó arrastrando a otro de los condenados. Alodie no miró a los otros prisioneros, solo empujó a Linn hacia delante. Salieron corriendo por encima de la parte trasera doblada del carruaje.

Linn daba pasos de niña, cojeando con las piernas entumecidas por las ataduras. El hombro de Alodie zumbaba de dolor mientras avanzaban a tropicones, hacia lo profundo de un bosque que ninguna de las dos conocía. Detrás de ella, Alodie podía ver los restos de los tres carruajes, salpicados de rojo, cubiertos de sangre espesa como la yema de huevo. Una antorcha de uno de ellos, obstinadamente instalada y aún encendida, sobresalía como una vela.

Los cuerpos de la ofrenda familiar estaban por todas partes. De ellos se desprendían vísceras rojas y espinosas, amontonadas y tironeadas como hilos de marioneta. Todos ellos, muertos, medio muertos y no muertos, se retorcián al unísono en el suelo, imitando los movimientos y los ruidos de los demás.

Con el corazón palpitante, Alodie tiró de Linn por la marga, adentrándose en las sombras del Bosque Enajenado, tan rápido como se lo permitió su instinto.



Una abominación acechaba el Bosque Enajenado con sangre en sus garras. Deslizándose por el suelo, se movía como un susurro.

Los árboles tapaban la luz de la luna, pero no podían disuadirla. Sus ojos estaban hechos para la oscuridad.

Como muchas veces antes, la abominación se detuvo sobre la ruina de apenas

unas horas de antigüedad: dos cadáveres gravemente heridos, los restos de su carne cortada por garras y colmillos. La poca piel que les quedaba era espinosa, diferente de lo que había sido antes.

Los cuerpos yacían sobre tierra manchada de ocre. Ambos estaban inmóviles. Eso era importante.

La abominación pinchó los cuerpos y atravesó uno con la mano. El cadáver, de madera e inmóvil, se cayó con un estruendo.

Luego se cernió sobre el segundo. Repitió.

El cadáver abrió de par en par sus mandíbulas dislocadas, siseando mucosidad infecta entre los dientes. Como un insecto moribundo, se abalanzó sobre la abominación con todas sus extremidades. Incluso en ese estado, sus golpes eran brutales. Las púas afiladas que atravesaban su piel arañaban la piel de la abominación, pero no lograban engancharse.

La abominación se retorció. Con un crujido, el cadáver se quedó inmóvil. Tenía los ojos hundidos, incrustados alrededor de reuma rojo. En todo su frenesí, los párpados no se habían abierto ni una sola vez.

Levantándose, buscando más allá del humo dulce y la putrefacción, la abominación encontró algo más. Su mirada se posó en unas huellas dispersas, que se dirigían hacia el este, a la parte más densa del bosque. Palpó la tierra, se detuvo e inhaló.

Dos más. Ambos ensangrentados.

La caza no terminaría aquí.

Las sombras se enroscaron alrededor de la abominación y desapareció.



Alodie y Linn huyeron de las cosas en la noche. La oscuridad era impenetrable. A cada paso parecía surgir más bosque a su alrededor.

Alodie dirigía a Linn con ambas manos. Y su instinto la dirigía a ella. Nadie tenía el control.

Habían corrido durante lo que parecieron horas, acosadas por los crujidos de la

maleza y los gruñidos húmedos y ferinos. El vello de la nuca de Alodie se erizaba sin cesar. Era como si la estuvieran observando, siempre, pero no podía imaginar cómo. O quién.

Cada pocos minutos, se habían visto obligadas a parar. Linn se frenaba y necesitaba descansar. O se caía antes de que Alodie pudiera cogerla. Esta vez, la herida de su mano había sangrado y atravesado la tela que le habían envuelto.

—¿Crees que se ha ido? ¿Esa cosa? —preguntó Linn. Estaba desplomada en la hierba, tranquila, tratando de mantener la respiración.

—Deberíamos movernos —dijo Alodie.

Linn se limitó a hacer una mueca de dolor y tiró de su vendaje improvisado, cambiándolo de sitio como si eso fuera a arreglar algo.

—No está tan mal. Boyce lo ha hecho mucho peor otras veces —dijo Alodie, ayudándola a levantarse.

—¿Ahora te apetece ayudar? —Se burló Linn mientras se levantaba de la zarza.

—Estoy aquí, ¿no? —dijo Alodie, haciendo todo lo posible para mantenerlas en movimiento. —Te lo habría dicho si lo hubiera sabido —.

Linn se quedó callada.

Las concesiones podrían ser buenas. Lo intentó de nuevo.

—Si hubiera hecho algo, probablemente nos habrían matado a las dos —.

Linn se quedó mirándola, estupefacta. Tal vez enfadada consigo misma por no darse cuenta de la pesadilla en la que se había metido. Quizá más enfadada con Alodie por permitirselo.

—Normalmente los listos pagan a tiempo —Alodie trató de mantener la crítica fuera de su voz. Pero no lo consiguió.

Linn se apartó de ella y caminó sola. Así era aún más lenta.

—Y tú nunca has estado en un aprieto, ¿verdad, señorita Alodie? —le espetó Linn. —Nadie quiso bajar a Mewls durante meses. Intenté tomar pedidos en el Alto. Las cosas se pararon —.

A pesar de la situación, Alodie sintió surgir su instinto, deseosa de una pelea que pudiera ganar.

—¿Así que decidiste que lo mejor era que nos encargáramos nosotros de la deuda por ti?

—¿«Nosotros»? —Linn se mostró incrédula. Ya sabes cuánto dinero tienen.

HABÍA VISTO A CØCHERØS SACRIFICAR
CABALLØS ANTES. SIEMPRE ERA TRISTE
VER LA CØNFIANZA EN SUS ØJØS, PERØ AL
MØNØS PØDÍA GUARDARSE ESØ. LA VISIÓN DE
AQUELLØS CUERPØS RETØRCIÉNDØSE JUNTO
A LØS CARRUAJES, LA FØRMA EN QUE SE
MØVÍAN CØMØ MARIØNETAS... ESØ SÍ QUE
NØ PØDÍA ØLVIDARLØ.

Siempre estás hablando de lo mierdosos que son todos; ¿por qué te importa si necesito un par de semanas más?—

—A mí no —dijo Alodie, dándose cuenta y dejó que la pelea decayera. Linn merecía tener esto, al menos.

Alodie alargó la mano para ayudarla sobre unas raíces deformes.

—Cuando vengan a por tu otra mano, te avisaré antes —.

Linn se limitó a mirar hacia atrás, con cara de miseria cenicienta.

—No puedes bromear con mi mano —.

Alodie había ido demasiado lejos. Ni siquiera había pasado una noche.

—No hasta que bromee con ello un par de veces —Linn sonrió con satisfacción—
Idealmente con público—.

El bosque estaba más tranquilo. Instintivamente, empezaron a caminar despacio. Un paso compartido.



En una hora, no habían oído ruidos de persecución ni visto nada vivo. El bosque parecía despojado de su parloteo, y no había señales de que la noche cediera ni de que el bosque se raleara. Ambas temblaban.

A lo lejos, Alodie oyó un ruido que reconoció. Un caballo moribundo, relinchando alrededor de una boca llena de líquido. Cuando se acercaron, vio que le habían abierto el vientre. Linn apartó la mirada y se cubrió la cara con el brazo bueno.

Alodie se detuvo para ayudarla a apoyarse en un roble y buscó cerca de donde había caído el caballo. Volvió con una antorcha y una caja de cerillas, y cogió a Linn por el hombro.

—¿Vas a...? —preguntó Linn, dejando la pregunta sin terminar.

Alodie la ignoró y se alejaron rápido.

Había visto a cocheros sacrificar caballos antes. Siempre era triste ver la confianza en sus ojos, pero al menos podía guardarse eso. La visión de aquellos cuerpos retorciéndose junto a los carruajes, la forma en que se movían como marionetas... eso sí que no podía olvidarlo.

Si un animal estaba muriendo aquí, todavía haciendo ruido, qué podría ser sino una distracción. Lo que sea que los estaba cazando podría ir a cazar otra cosa.

Se desvió en dirección contraria a ellos, haciendo que Linn avanzara hacia el sur. Esperaba que fuera hacia el sur, pues los árboles eran demasiado espesos para ver las estrellas. El suelo granuloso y húmedo empezó a dar paso a rocas, fragmentos de granito que raspaban sus botas. Linn tropezaba aún más a menudo, respiraba con más dificultad, caminaba con la cabeza gacha. Alodie también tropezó un par de veces. Caminaban a paso de tortuga en la oscuridad, pero el Bosque Enajenado se hizo más delgado hasta que casi chocaron contra un muro.

Estaban apoyadas en granito frío y musgoso. La boca de una cueva se abría a unas decenas de metros delante de ellas. Un refugio.

Alodie se sintió aliviada. La constante sensación de sentirse observada desapareció.

Alodie colocó la antorcha sobre las rocas secas y se encorvó sobre ella con la cerbatana abierta. Empezó a golpear el pedernal y el acero, y luego a soplar sobre un guante lleno de yesca. Era un trabajo torpe e imperfecto, pero no era su primera vez. La antorcha estalló en llamas.

—No puedes estar hablando en serio —dijo Lynn. Pero se estremeció. Su voz era interrogante, no exigente. Quería equivocarse.

—¿Prefieres que caminemos hasta que nos desplomemos? Estaremos más

EL HØRRØR DEL RECUERDØ DE SU
FAMILIA LA GØLPEØ. ALØDIE SABÍA
QUE SU NEGØCIØ PRØDUCÍA VÍCTIMAS.
PERØ NØ PØDÍA IMAGINAR NINGUNA
JUSTIFICACIØN HUMANA PARA VENDER
GENTE A ESTA CØSA. ¿DINERØ?
¿PRØTECCIØN CØNTRA SU HAMBRE? ¿UNA
ØBLIGACIØN HEREDADA?

seguras si nada puede acercarse sigilosamente —razonó Alodie. Le hizo un gesto a Linn para que avanzara.

Se adentraron en la cueva, con la antorcha por encima de la cabeza de Alodie, tanteando las paredes. Lo único que necesitaban era un lugar abierto donde pasar la noche. Se apresuraron, aprovechando el vigor de una segunda oportunidad.

La antorcha era su guía. Mientras caminaban, Alodie la sentía rozar el techo de la cueva. Quería sostenerla en alto, enviar su luz muy lejos.

—¿Cuánto tiempo tenemos que estar aquí metidas? —preguntó Linn, resoplando. Donde su miedo había retrocedido, su dolor llenaba los huecos.

Alodie tenía la garganta tan seca que carraspeó dos veces antes de poder contestar.

—Deberíamos ir lo suficientemente profundo como para que nos costara trabajo salir. Algún lugar abierto, donde podamos vigilar la entrada —Alodie no estaba segura. Sólo quería parecer segura—Así puedo hacer guardia durante unas horas, mantener la antorcha encendida. Y tú puedes descansar un poco—.

Dejaron atrás las partes del túnel iluminadas por la luna. Las paredes de la cueva estaban húmedas y mojadas, la piedra ocultaba de vez en cuando pequeñas gotas de humedad que hacían que sus manos resbalaran. Alodie no tenía ganas de dormir en el suelo. Pero tenían que hacerlo. Linn tenía que hacerlo.

Algo raspó la pared de la cueva tras ellas.

—Chsss —Alodie alumbró con la antorcha, escaneando la zona lo mejor que

pudo. No vio nada cerca en la penumbra. Pero el sonido venía de por donde habían venido.

Retrocedieron, adentrándose en la cueva, por el pasillo. Más adelante, se dividía en dos.

Alodie las condujo hacia la izquierda, asegurándose de que Linn estuviera delante de ella, casi empujándola para mantenerse en movimiento.

Otro laberinto en la oscuridad. Alodie las llevó a un giro, tomaron a la derecha y se dieron cuenta de que habían caminado por un codo. La cueva se doblaba sobre sí misma.

Un sonido como el de la cabeza de un hacha golpeando la piedra reverberó por toda la caverna.

Todo su cuerpo estaba paralizado por el miedo. Alodie permaneció inmóvil, limitándose a señalar a Linn el pasillo de la derecha. Eso fue todo lo que consiguió. Linn le devolvió la mirada. Volvió a mirar hacia delante. Y empezó a avanzar arrastrando los pies. Confiaba en no ser otro caballo moribundo.

No podía arrinconar a las dos. Alodie tomó el otro pasillo.

Sujetó la antorcha lo más alto que pudo, agarrándola con ambas manos, con cuidado de evitar las paredes mojadas. No quería ver lo que había destrozado el carruaje. Pero tenía que hacerlo si querían sobrevivir.

Alodie pudo oír la respiración de Linn durante unos segundos, y luego se hizo el silencio. No hubo más rasguños ni estruendos. Ella encontraría la cosa o lo haría Linn. Alodie siguió con la antorcha por este nuevo camino. Caminó hasta que se dio cuenta de que las gotas que caían sobre la pared habían cambiado, y se detuvo un segundo a mirarlas.

Brillaban, reflejando algo más rojo que la luz de su antorcha.

Alodie se apartó de la pared y un demonio le devolvió la mirada. De su torso sobresalían apéndices como cordones umbilicales. Su boca de encías negras estaba erizada de caninos y demasiadas lenguas, cada una de ellas cubierta de dientes como de tiburón.

Sus ojos eran fosas, despiadados pero no descerebrados. Demasiado agudos. Demasiado humanos. Finos brocados que habrían sido elegantes hace un siglo se aferraban a su cintura en jirones. Había visto ropa así en casa de la madre de Boyce. Herencia de los abuelos de sus padres.

El horror del recuerdo de su familia la golpeó. Alodie sabía que su negocio producía víctimas. Pero no podía imaginar ninguna justificación humana para vender gente a esta cosa. ¿Dinero? ¿Protección contra su hambre? ¿Una obligación heredada?

Desesperada, Alodie apuntó la antorcha hacia él. El fuego era el arma de la Luz. La blandió, dos veces, y luego se lanzó hacia delante, presionando la antorcha contra la monstruosidad, tratando de mantener la mayor distancia posible.

No chilló ni retrocedió cuando las llamas chisporrotearon contra su cara, solo la miró con desprecio. Luego apartó la antorcha de un manotazo y le arrancó la garganta con los dientes.

Alodie cayó al suelo lentamente, como una piedra que se hunde en el fondo de un estanque. Jadeó, incapaz de hacer que el aire fuera a donde debía.

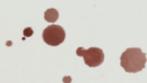
A la luz mortecina de su antorcha desechada, Alodie observó cómo Linn cojeaba por el otro lado del pasillo.

La criatura se volvió, lanzó dos de sus apéndices como látigos y Linn cayó, gritando.

Los apéndices la acercaron. Se acomodó para alimentarse.

La cabeza de Alodie yacía en un charco rojo chicloso. Todo estaba entumecido. Intentó darse la vuelta, pero no pudo.

La oscuridad tardó demasiado en reclamarla.



Por fin, la presa se tomó su tiempo para alimentarse. Distraída.

La abominación había observado a las dos supervivientes del carruaje moverse ruidosamente por el bosque. En la boca de la caverna, la más alta de ellas encendió una antorcha, haciendo señales a su alrededor.

La abominación también había observado a su presa. Un viejo vampiro, envuelto en los vestigios de su riqueza humana. Astuto, compartiendo su caza con la gente de Kingsport, permaneciendo fuera de la vista, comerciando por enseres y propagando así su plaga más rápidamente.

El vampiro se dejaba llevar por sus impulsos. No conocía la moderación. No aceptaba que lo rechazaran. Buscaría a las supervivientes.

Era ágil. La abominación no había querido luchar en campo abierto.

Pero las dos supervivientes habían entrado en una cueva. Se dejaron acorralar. Se ofrecieron como una oportunidad.

El olor a sangre salía de la boca de la cueva.

Eso hizo que Zebediah volviera en sí.

Era alto, con nariz picuda y pelo largo, blanco como las nubes, que dejaba suelto. Tenía un rostro ancho y cuadrado, liso y pálido, salvo por el signo más evidente de la maldición: unos ojos rojos y hundidos, rodeados de venas negras en forma de telaraña.

Zebediah llevaba una armadura bien pulida, lo bastante ornamental para la antigua corte kehjan, con brillantes placas carmesí horizontales a lo largo del abdomen. Una ámpula con una cadena se ajustaba firmemente al gorjal de su armadura, el frasco lleno de agua verde azulada del río donde casi había exhalado su último suspiro, acorralado por bestias a las que había pensado ahuyentar solo. Preservar a los demás había sido el mayor bien que había conocido cuando era más parecido a un niño.

Su pesado equipo era inusual para una cacería en el Bosque Enajenado. Para cualquiera que esperase moverse rápida y silenciosamente por el bosque. Sin embargo, durante décadas, había sido llamado al servicio del Anuleto como uno de sus Caballeros de sangre. Le resultaba difícil cambiar sus costumbres; se habían vuelto indistinguibles de su juramento. *Todo lo que queda de mi vida, pesado contra la oscuridad.*

Cada vez que su viaje se hacía imposible, encontraba el camino de vuelta a su promesa. Pocos podían decirlo y sentirlo; en la agonía, en el dilema, él lo había vivido. Zebediah había matado a camaradas que habían crecido malditos y había cortado la podredumbre de los inocentes antes de que pudiera supurar. La vida después de su vida era siempre monstruosa; enfrentarse a ella y seguir siendo él mismo exigía un alma como el hielo. Inflexible.

Zebediah susurró sílabas muertas al aire nocturno. Las sombras rodaban a su alrededor como la niebla, silenciando los sonidos que sus grebas hacían sobre la piedra.

LA MUJER RUBIA. PARECÍA...
ORGULLOSA. INCLUSO ALTIVA. Y, SIN
EMBARGO, LA HABÍA VISTO LUCHAR
CONTRA SUS INSTINTOS. CONOCER SU
CRUELDAD, USARLA Y APARTARSE DE
ELLA EN IGUAL MEDIDA.

Los gritos del interior de la caverna se habían calmado, pero Zebediah aún podía oír el ronco graznido del vampiro mientras se alimentaba. Caminó rápidamente por la caverna, sin necesidad de luz para orientarse.

El túnel se estrechaba, el chirrido era cada vez más fuerte a sus oídos. Cerca de un recodo del pasadizo, vio por fin al vampiro agachado, con sus apéndices acunando a una de sus víctimas, pegada a su cuerpo como una docena de lampreas.

Zebediah no esperaba que ninguna de las víctimas del carruaje sobreviviera, ni siquiera estas dos últimas. Pero si sus muertes podían darle una ligera ventaja contra el vampiro, había hecho bien en esperar y observar. Nada era más importante que acabar con su amenaza.

Zebediah podía disimular su aproximación, pero no su olor. El vampiro se volvió para mirarlo y se puso en pie de un salto, siseando con la boca llena de lenguas dentadas.

Una lanza negra y púrpura de sombra sólida se materializó en la mano de Zebediah y la lanzó con todas sus fuerzas. Antes de que el vampiro pudiera apartarse, la lanza se clavó en su garganta. Sus apéndices se alzaron, luchando por arrancar la sombra que devoraba su fría carne.

En algún lugar dentro de Zebediah, la maldición exultó al ver la presa herida. La obligó a abatirse.

Zebediah avanzó hacia el vampiro pesadamente, con las rodillas dobladas y la lanza en las manos enguantadas. No quería oler la sangre podrida que manaba de sus heridas; tenía que matarlo rápidamente, antes de que pudiera curarse. Lanzó una estocada, le hizo dos rápidos agujeros en el pecho y tensó todo el cuerpo para asestarle un golpe con las dos manos.

Cuatro apéndices serrados rodearon la garganta y los brazos de Zebediah,

desgarrando la carne. El dolor fue más desgarrador que cualquier otra cosa que hubiera experimentado: los cien diminutos dientes del vampiro abrieron heridas succionadoras que ardían, extendiéndose como el fuego. Cuando los apéndices del vampiro se estrecharon, la lanza de Zebediah cayó de sus manos. Podía sentir cómo lo desgarraban.

Los apéndices se encontraron en medio de su cuerpo. Zebediah se derritió en un charco de sangre.

El vampiro se detuvo, siseó y agitó los brazos. Caminó hacia delante, con los apéndices punzando el aire como dedos. Luego se volvió hacia los cuerpos de sus víctimas, insaciable.

Un charco carmesí burbujeó tras él, una masa amorfa parecida a un cuerpo. La lanza larga se elevó con ella, aferrada a la mano de Zebediah, reformándose dedo a dedo. Su forma humana regresó mientras la sangre se deslizaba de la masa, y se abalanzó sobre la espalda del vampiro.

Zebediah intentó no mirar mientras apuñalaba a la criatura una y otra vez. Pero no pudo evitarlo. Tres agujeros. Cuatro. Cinco. Había algo fascinante en su simetría, en las perfectas ráfagas de icor negro-rojizo que lo bañaban. Golpeó con fruición, mortificando a su enemigo, recibiendo golpes que apenas le importaba reconocer.

Hasta que un apéndice raspó el relicario que Zebediah llevaba al cuello y arrancó la cadena del gorjal. Este vampiro había sido cazado por un Caballero de sangre antes. Lo *sabía*.

Zebediah se dejó caer al suelo, atrapando su preciado recuerdo segundos antes de que pudiera estrellarse contra la piedra. Los miembros del vampiro lo envolvieron, pero la maldición era lo que realmente lo sujetaba. La piel de Zebediah se estiró y cambió; cedió, convirtiéndose en una masa desollada de músculos y sangre que rivalizaba con el vampiro tanto en fuerza como en hambre.

La abominación partió la presa por la mitad, arrancándole apéndices y un brazo putrefacto. La desgarró con las garras de sangre en que se habían convertido sus manos.

La presa estaba resbaladiza de sangre. Se retorció de un lado a otro. Intentando escapar. Escapar era imposible.

La abominación se balanceaba con furia, una y otra vez, sin pensar en la tregua.

Zebediah sacudió la cabeza como un perro. Las manos le palpitaban con agonía.

De todas las grandes distracciones que le impedían perderse, el dolor era la que más claridad le había aportado. Estaba pulverizando la pared de la cueva, la había golpeado tanto que había hecho cráteres en la piedra a un palmo de profundidad.

La mitad de la carne desprendida del vampiro yacía bajo él. La otra mitad había desaparecido.

Huellas ensangrentadas salían de la cueva. Había huido.

Siseó y se volvió para golpear de nuevo la pared. El vampiro era más rápido que él; lo *conocía*. Aún podía intentar atraparlo. Si empezaba ahora, tal vez...

Uno de los cuerpos de las mujeres en el suelo se crispó. Luego, unos segundos después, el otro. Otra vez.

Al unísono.

¿Quiénes habían sido antes? ¿Hermanas, quizás? ¿Compañeras tal vez, por la forma casual e indiferente en que hablaban?

Había venido aquí para matar al vampiro. Para detener su maldición se propague.

Y sin embargo, se había extendido de todos modos, a causa de *sus* decisiones. Su falta de moderación. Su maldición, desde mucho antes de tomar la lanza.

¿Cuál era el mayor bien? ¿La mejor reparación?

La mujer pequeña de pelo castaño era una buscadora de emociones, con un sentido de la alegría que le habría venido muy bien. Había creído que valía algo, aunque el mundo no lo creyera.

La mujer rubia. Parecía... orgullosa. Incluso altiva. Y, sin embargo, la había visto luchar contra sus instintos. Conocer su crueldad, usarla y apartarse de ella en igual medida.

Un comienzo. Colocó la lanza y el recuerdo en el suelo y se arrodilló ante ellas.



Alodie se estremeció. Tembló con todo su cuerpo. Ansiaba moverse, liberarse de sus pensamientos y de su

mente, de cada miembro arrastrándose por sí mismo. Su vista estaba sepultada, una punzada de visión en la negrura.

Las visiones flotaban a su alrededor. Un hombre de pelo blanco, con su hermosa armadura cubierta de sangre.

—Vas a morir —dijo con una voz ni cruel ni amable. Su acento era desconocido, su cadencia llana y rápida. —Te ha contaminado. El cambio será peor de lo que imaginas —.

Sostuvo sobre ella un pequeño frasco lleno de agua azul-verdosa y lo destapó. En medio de la bruma y la oscuridad, sus movimientos parecían fluidos y lentos a la vez. —Puedo darte la paz —.

Quería asentir, pero querer no era suficiente para que sucediera.

—O puedo darte tiempo. Años. Décadas. Tal vez más —.

Alodie sintió que su cuerpo se alejaba. Apenas podía oír las palabras, pero mantuvieron su atención.

Continuó, subiendo el tono. —No será fácil. Te entrenarás y cazarás. Y morirás como un monstruo, más miserable que el que te quitó la vida. Tu final no será mejor por el mal que hayas matado, por todo el bien que hayas hecho —.

El bien que hayas hecho. Intentó buscar a Linn. Fracasó en el intento.

Unas palabras urgentes la paralizaron.

—Si quieres despertar a esta vida, haz un voto. Júralo sobre tu sangre —.

Alodie era incapaz de hablar. Incapaz de moverse. Dejó que sus ojos le respondieran.



El ritual fue apresurado. Cantos y abluciones de la ampula, la oscuridad de la cueva hundiendo sus dedos en los ojos de Alodie como si tuviera vida. Ella entraba y salía de la conciencia, hablaba, escuchaba, solo recordaba fragmentos.

Ponerse de pie resultó peor que un parto, pero lo hizo. Respiró. Se pasó la lengua por los dientes. Normal. Se tomó el pulso. La sangre seguía latiendo. Miró al hombre de pelo blanco sentado con las piernas cruzadas a unos metros de ella.

Entre ellos había un pequeño charco de rocío. Alodie se dio cuenta de que podía ver en la oscuridad. Naturalmente, como había hecho tantas veces, comprobó su reflejo en el charco.

La herida de su garganta solo era una fea puntada. Sus ojos brillaban como la luz a través de rubíes. Estaban rodeados de pequeñas venas del color de la tierra de las tumbas.

Sintió la punzada del cambio irreversible y se dejó llevar. La primera necesidad era vivir. La segunda...

Linn se incorporó como si la hubieran arrastrado. Tenía los brazos caídos a los lados. Tenía la cara cetrina y espinas clavadas en la piel del cuello y los brazos. Un ruido gutural, animal, se elevó en su garganta.

De algún modo, Alodie se sentía más débil que nunca.

—Lo que me hiciste —le dijo Alodie a Zebediah, tartamudeando las palabras— hazlo por ella. Tienes que hacerlo —.

Zebediah negó con la cabeza.

—Ha avanzado demasiado. Pronto será esclava del vampiro. Lo lamento. Solo tenía tiempo para una de vosotras —.

Lo único que le quedaba a Alodie era el bien que podía hacer. Él lo había dicho. Se lo había prometido.

—Nosotros... Si matamos al vampiro, ¿ella...? —Su voz sonaba más áspera de lo que recordaba, como si su garganta no se hubiera curado bien.

Zebediah intervino.

—Una vez que el cambio se afianza en serio, no hay quien lo pare —.

Alodie se sintió enferma. Las lágrimas afloraron a sus ojos sin proponérselo, la misma gotera inútil de siempre.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no la elegiste a ella?

Zebediah apartó la mirada.

—El nuestro es un camino duro, y debes saber quién eres para recorrerlo. Olvídate de ti misma, aunque sea por un momento, y no habrá vuelta atrás —Había una mirada lejana en sus ojos cuando se volvió hacia ella—Percibo esa resolución en ti. Tú, al menos, tienes una oportunidad —.

Caminó hacia Linn, que se retorció como las marionetas del carruaje. Intentaba acercarse a Alodie con brazos y piernas que no la escuchaban. Haciendo sonidos

que no eran palabras.

Alodie la miró a los ojos, observó cómo sus pupilas se enrojecían y se extendían, eclipsando el blanco.

Linn no podía responderle nada. Y no valía la pena decirse nada a sí misma.

El suntuoso ascot azul y dorado que rodeaba el cuello de Linn estaba manchado hasta resultar irreconocible. Alodie lo desenrolló lentamente, se lo pasó por su cabeza y se lo ató al cuello, cubriendo la cicatriz. Su propio recuerdo.

Volvió a mirar a Zebediah. Sin preguntar. Aceptó. Él le entregó su lanza.

Alodie apuntó la lanza al corazón de Linn. Esperó algún tipo de reacción. A que la confianza apareciera de nuevo en los ojos de Linn.

Afortunadamente, no fue así.

Confianza.

Cerró los ojos y se dejó llevar por su instinto.

